

EL DESPERTAR

UN loro de color verde y amarillo, cuya jaula estaba colgada en el exterior de la puerta, repetía una y otra vez:

*Allez vous-en! Allez vous-en! Sapristi!*¹. ¡Está bien!

Sabía hablar un poquito de español y también otra lengua que nadie entendía, a no ser que fuera el sinsonte que colgaba al otro lado de la puerta y que silbaba sus notas aflautadas al viento con una insistencia enloquecedora.

El Sr. Pontellier, incapaz de leer el periódico con un mínimo de tranquilidad, se levantó con una expresión y un gesto de indignación. Bajó de la galería y cruzó los estrechos «puentes» que conectaban entre sí las casitas de campo de los Lebrun. Había estado sentado delante de la puerta de la casa principal. El loro y el sinsonte eran propiedad de Madame Lebrun y tenían el derecho de hacer todo el ruido que quisieran. El Sr. Pontellier tenía el privilegio de abandonar su compañía cuando dejaran de entretenerlo.

Se detuvo ante la puerta de su casa de campo, que era la cuarta a partir de la casa principal y también la penúltima. Se sentó en una mecedora de mimbre y, una vez más, se centró en la tarea de leer el periódico. Era domingo, pero el periódico era del día anterior. Los periódicos dominicales no habían

¹ «¡Vete! ¡Vete! ¡Caramba!». Mantenemos en cursiva las palabras en francés en el original.

llegado a Grand Isle². Como ya estaba enterado de los informes de los mercados financieros, le echó un vistazo inquieto a los editoriales y a las noticias que no había tenido tiempo de leer el día anterior, antes de salir de Nueva Orleans.

El Sr. Pontellier usaba gafas. Era un hombre de cuarenta años, de mediana estatura y complexión delgada; se encorvaba un poco. Tenía el pelo castaño y lacio con la raya a un lado. La barba era densa y muy cuidada.

De vez en cuando levantaba la vista del periódico y miraba a su alrededor. Había más ruido que nunca en la casa. Al edificio principal lo llamaban «la casa» para distinguirlo de las otras casas de campo. Los pájaros todavía continuaban silbando y parlotando. Dos jovencitas, las gemelas Farival, estaban tocando al piano un dúo de «Zampa»³. Madame Lebrun estaba muy bulliciosa, dando órdenes en voz alta a un jardinero cuando entraba y de igual modo a una camarera cuando salía. Era una mujer descarada, hermosa, vestida siempre de blanco y con mangas hasta el codo. Sus faldas almidonadas se arrugaban con el ir y venir. Más lejos, delante de una de las casas de campo, una mujer de negro paseaba con recato arriba y abajo, rezando el rosario. Mucha gente de la pensión se había ido a la *Chênrière Caminada* en el lugre⁴ de Beaudalet a oír misa. Algunos jóvenes estaban afuera, jugando al croquet debajo de los robles de agua. Los dos niños del Sr. Pontellier, unos pequeños muy robustos, estaban también allí. Una niñera cuarterona⁵ los seguía con un aire distante y meditativo.

² Se trata de una isla a cincuenta kilómetros de Nueva Orleans, entre el golfo de México y la bahía de Caminada. A finales del siglo XIX era un centro de vacaciones de los criollos.

³ «Zampa o la novia de mármol» es una ópera cómica del compositor francés Ferdinand Louis Joseph Hérold (1791-1833).

⁴ Un lugre es una embarcación pequeña, con tres palos, velas al tercio y gavias volantes.

⁵ En el original se emplea el término «quadroon» que significa una persona con una cuarta parte de sangre negra. El tema de la raza y el

El Sr. Pontellier se encendió finalmente un puro y empezó a fumar, de su mano dejó caer el periódico de forma indolente. Fijó la mirada en una sombrilla blanca que estaba avanzando a paso de tortuga desde la playa. La podía ver claramente entre los adustos troncos de los robles de agua y a través del seto amarillo de manzanilla. El golfo se veía lejano, se fundía vagamente con el azul del horizonte. La sombrilla se aproximaba con lentitud. Bajo su cubierta forrada de rosa estaban su mujer, la Sra. Pontellier, y el joven Robert Lebrun. Cuando llegaron a la casa, se sentaron con apariencia de cansancio en el escalón superior del porche, frente a frente y de espaldas a las columnas.

—¡Qué locura! ¡Bañarse a esa hora, con el tremendo calor que hace! —dijo el Sr. Pontellier. Él mismo se había dado un chapuzón al amanecer y ese era el motivo por el que la mañana se le había hecho tan larga.

—Estás tan quemada que no te reconozco —añadió, mirando a su mujer como se mira a una valiosa propiedad que ha sufrido algún desperfecto. Ella levantó sus fuertes y bien formadas manos, las observó con cierta expresión crítica, recogién dose las mangas de muselina por encima de las muñecas. Al mirárselas se acordó de los anillos que le había dado a su marido antes de marcharse a la playa. En silencio se le acercó y él sacó los anillos del bolsillo de su chaleco y los dejó caer en la palma de su mano. Ella los deslizó en sus dedos; y agarrándose las rodillas miró a Robert y empezó a reír. Los anillos brillaban en sus dedos. Él le correspondió con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pontellier divertido, mirando vagamente a uno y otro. Era una completa tontería; una aventura en el agua que ambos intentaron relatarle al mismo tiempo. Al contarla no era ni la mitad de divertida. Se dieron cuenta y el Sr. Pontellier también. Bostezó y se des-

mestizaje es muy relevante en el sur de los Estados Unidos y en esta novela en particular, tal y como se ha señalado en la Introducción.

perezó. Después se levantó, diciendo que quizás se pasaría por el hotel Klein para jugar una partida de billar.

—Véngase, Lebrun —le propuso a Robert. Pero Robert admitió con toda franqueza que prefería quedarse donde estaba y charlar con la Sra. Pontellier.

—Bien, Edna, mándale a ocuparse de sus asuntos cuando te aburra —le aconsejó su marido mientras se preparaba para marcharse.

—¡Toma, llévate la sombrilla! —le dijo ofreciéndosela. Aceptó el parasol y lo levantó sobre su cabeza, bajó la escalinata y se marchó.

—¿Vendrás a cenar? —le preguntó su mujer tras él. Se detuvo un momento y se encogió de hombros. Notó que tenía un billete de diez dólares en el bolsillo de su chaleco. No lo sabía; quizás volvería para una cena temprana o tal vez no. Todo dependía de la compañía que encontrara en el Hotel Klein y de la importancia de la partida. No lo mencionó, pero ella lo entendió y reía mientras le decía adiós con la cabeza.

Los dos niños querían seguir a su padre cuando lo vieron marcharse. Los besó y les prometió traerles bombones y cacahuetes.

II

Los ojos de la Sra. Pontellier eran vivos y brillantes, de un castaño amarillento; casi del mismo color que su cabello. Tenía una manera de fijarlos sobre un objeto y de mantenerlos allí, como si estuviera perdida en un laberinto interior de contemplación o de pensamiento.

Sus cejas eran más oscuras que su cabello. Gruesas y casi horizontales resaltaban la profundidad de los ojos. Era más apuesta que hermosa. Su rostro cautivador poseía una cierta franqueza en la expresión y una contradictoria y sutil combinación de facciones. Tenía un porte atractivo.

Robert lió un cigarrillo. Fumaba cigarrillos porque, según decía, no podía costearse los puros. Conservaba un cigarro en el bolsillo que el Sr. Pontellier le había obsequiado, pero lo guardaba para después de cenar.

Este tipo de cosas le parecían adecuadas y naturales en él. El color de su tez era parecido al de su acompañante. La cara bien afeitada hacía que el parecido fuera aún mayor. No había sombra de preocupación en su semblante. Sus ojos recogían y reflejaban la luz y la languidez de un día de verano.

La Sra. Pontellier alcanzó un abanico de hoja de palma que estaba tirado en el porche y se empezó a abanicar mientras Robert lanzaba entre sus labios bocanadas de humo de su cigarrillo. Charlaban sin parar sobre todo lo que les rodeaba; su divertida aventura en el agua —había recuperado su aspecto entretenido; sobre el viento, los árboles, la gente que había ido a *Chênrière*; sobre los niños que jugaban al croquet bajo los robles, y de las gemelas Farival, que ahora tocaban la obertura de «Poeta y aldeano»⁶.

Robert hablaba mucho de sí mismo. Era muy joven y no se le ocurría nada mejor. La Sra. Pontellier hablaba poco de ella misma, por la misma razón. Cada uno estaba interesado en lo que el otro decía. Robert hablaba de su intención de ir a México en otoño, donde la fortuna le esperaba. Siempre estaba planeando ir a México, pero por uno u otro motivo nunca podía ir. Mientras tanto, resistía en un modesto empleo en una empresa comercial de Nueva Orleans donde sus conocimientos de inglés, francés y español le resultaban muy útiles como oficinista y corresponsal.

Estaba pasando sus vacaciones de verano, como siempre, con su madre en Grand Isle. Hacía tiempo, más del que Robert podía recordar, «la casa» había sido un lujo veraniego de los Lebrun. Ahora, flanqueada por más de una doce-

⁶ Opereta del compositor austríaco Franz von Suppé (1819-1885).

na de casas de campo, siempre ocupadas por distinguidos visitantes del *Quartier Francais*⁷, le permitía a Madame Lebrun mantener una fácil y cómoda existencia que parecía ser un derecho de nacimiento.

La Sra. Pontellier hablaba de la plantación de su padre en Misipí y de su hogar de juventud en los campos de hierba azul⁸ del viejo Kentucky. Era una mujer norteamericana con ascendencia francesa que parecía haberse diluido. Estaba leyendo una carta de su hermana, que estaba lejos, en el este, y que estaba comprometida para casarse. Robert estaba interesado y quería saber qué tipo de chicas eran las hermanas, cómo era el padre, y cuánto tiempo hacía que había fallecido la madre.

Cuando la Sra. Pontellier dobló la carta, era ya la hora de vestirse para la cena temprana.

—Veo que Léonce ya no viene —dijo, mirando hacia el lugar por donde su esposo había desaparecido. Robert supuso que no, porque había muchos socios del club de Nueva Orleans en el hotel Klein.

Cuando la Sra. Pontellier lo dejó para entrar en la habitación, el joven bajó la escalinata y se fue, paseando hacia los jugadores de croquet. Durante media hora antes de la cena estuvo entretenido con los pequeños Pontellier que lo adoraban.

⁷ El barrio francés o Vieux Carré, la llamada parte antigua de Nueva Orleans, fue fundado por los franceses a principios de 1700 y era el hogar de la mayoría de la población criolla en el siglo XIX.

⁸ En el original en inglés «blue-grass» (*Poa pratensis*) hace referencia a un tipo de hierba cuyos brotes tienen un color azul intenso que crece en las grandes llanuras del estado de Kentucky. Desde la distancia se produce un característico efecto visual de verde azulado y por eso se la llama hierba azul o «blue-grass». Es muy apreciada como forraje para los caballos. La abundancia de estos pastos en Kentucky ha hecho que se le denomine, desde 1872, como «the blue-grass state», es decir, el estado de la hierba azul.

III

Eran las once de la noche cuando el Sr. Pontellier regresó del Hotel Klein. Volvía con un humor excelente, estaba exultante y muy dicharachero. Al entrar despertó a su mujer que estaba en la cama y profundamente dormida. Mientras se desnudaba, le hablaba a su mujer y le contaba las anécdotas, las noticias y los chismes que había reunido durante el día. De los bolsillos de los pantalones sacó un puñado de billetes arrugados y un montón de monedas de plata que apiló indiscriminadamente en el escritorio junto con las llaves, la navaja, el pañuelo y todo aquello que había en los bolsillos. Edna estaba vencida por el sueño y le respondía con medias palabras.

Pensó que era descorazonador que su mujer, lo único que daba sentido a su existencia, mostrara muy poco interés por todo lo que a él le concernía, y valorase tan poco su conversación.

El Sr. Pontellier se había olvidado de los bombones y los cacahuets de los niños. No obstante, los quería mucho y fue a la habitación contigua donde dormían para echarles una ojeada y asegurarse de que descansaban a gusto. El resultado de su investigación no fue nada satisfactorio. Movi6 a los jovencitos de un lado a otro de la cama y uno de ellos empezó a dar patadas y a hablar sobre un cesta llena de cangrejos.

El Sr. Pontellier volvió junto a su mujer para decirle que Raoul tenía mucha fiebre y necesitaba que lo atendieran. Después encendió un cigarrillo y se sentó cerca de la ventana abierta para fumárselo.

La Sra. Pontellier estaba segura de que Raoul no tenía fiebre. Este, cuando se fue a la cama estaba perfectamente bien, dijo ella, y no le había dolido nada en todo el día. El Sr. Pontellier conocía muy bien la sintomatología de la fiebre como para equivocarse. Le aseguró a ella que el niño se estaba consumiendo en la habitación de al lado.

Le reprochó a su mujer su falta de atención y su habitual abandono de los hijos. Si no era tarea de una madre el cuidado de sus hijos, ¿de quién diablos era? Él estaba muy ocupado con sus negocios de la bolsa. No podía estar en los dos sitios a la vez; buscando el sustento de la familia en la calle, y en el hogar, cuidando de que nada malo les ocurriera. Hablaba en un tono monótono e insistente.

La Sra. Pontellier saltó de la cama y se dirigió a la habitación contigua. Regresó pronto y se sentó al borde de la cama, reclinando la cabeza en la almohada. No dijo nada y rehusó contestar las preguntas de su marido. Cuando terminó su cigarrillo se fue a la cama y en medio minuto estaba profundamente dormido.

La Sra. Pontellier estaba totalmente despierta. Se echó a llorar un poco y se secó las lágrimas en la manga de su *peignoir*⁹. Apagó de un soplo la vela que su marido había dejado encendida, se calzó los pies desnudos en un par de chinelas de satén colocadas al pie de la cama y salió al porche. Se sentó en la mecedora y empezó a balancearse suavemente.

Ya era más de medianoche. Las casas de campo estaban completamente a oscuras. Una tenue luz se filtraba desde el corredor de la casa. Nada se escuchaba, excepto el ulular de un viejo búho en lo alto de un roble acuático y la eterna voz del mar que no elevaba el espíritu a esa suave hora y que más bien irrumpía como una lastimera canción de cuna en la noche.

Las lágrimas acudían tan rápidas a los ojos de la Sra. Pontellier que la húmeda manga de su bata ya no le servía para secarlas. Sujetaba el respaldo de la silla con una mano; su amplia manga se le había deslizado casi hasta el hombro del brazo levantado. Volviéndose, ocultó el rostro, empañado y húmedo en la curva del brazo y se fue llorando sin preocuparse por secar su rostro, los ojos y los brazos. No habría

⁹ Bata, albornoz.

podido decir por qué estaba llorando. Experiencias como la anterior eran habituales en su vida de casada. Parecía que nunca habían tenido tanta importancia como para tenerlas en cuenta, frente a la amabilidad de su marido y el afecto permanente que tácitamente se daba por asumido.

Una opresión indescriptible, que parecía originarse en algún lugar desconocido de su conciencia, invadía todo su ser con una ligera angustia. Era como una sombra, como la bruma atravesando su espíritu veraniego. Era extraño y desconocido; era un estado de ánimo. No estaba sentada allí, reprendiendo a su marido, lamentando su destino que había dirigido sus pasos por el camino que habían seguido. Tan solo estaba dándose una buena llantina. Los mosquitos estaban de enhorabuena a su costa, picándole los firmes y redondos brazos y también los empeines descalzos.

Los hirientes diablillos zumbadores tuvieron éxito al disipar un estado de ánimo que la hubiera podido retener en la oscuridad más de media noche.

A la mañana siguiente, el Sr. Pontellier se levantó temprano para coger el carruaje que lo llevaría al muelle y tomar desde allí el vapor. Regresaba a la ciudad para atender sus negocios y no lo volverían a ver en la Isla hasta el sábado siguiente. Había recuperado la compostura que parecía haber perdido la noche anterior. Estaba ansioso por irse, porque le esperaba una ajetreada semana en la calle Carondelet¹⁰.

El Sr. Pontellier le dio a su mujer la mitad del dinero que había traído del hotel Klein la pasada noche. Le gustaba el dinero, como a la mayoría de las mujeres, y lo aceptó con mucho gusto.

¹⁰ Esta calle de Nueva Orleans equivale a la Wall Street de Nueva York. Todo lo concerniente al comercio del algodón y su cotización se negociaba en esta calle. De hecho, Oscar Chopin, marido de Kate Chopin, se dedicaba al negocio del algodón y tenía su despacho en la calle Carondelet. Como ya se ha señalado en la Introducción, las alusiones biográficas son abundantes en toda la novela.

—¡Le compraré un precioso regalo de bodas a mi hermana Janet! —exclamó, mientras alisaba los billetes y los contaba uno por uno.

—Oh, querida, trataremos mucho mejor que todo eso a la hermana Janet —dijo él, riendo, al tiempo que se preparaba para darle un beso de despedida.

Los niños estaban haciendo volteretas, agarrándose a sus piernas e implorando que les trajera muchas cosas. El Sr. Pontellier era el predilecto de todos, y las damas, los señores, los niños, incluso las niñeras, estaban siempre dispuestos para despedirlo. Su mujer, de pie, estaba sonriente y diciéndole adiós con la mano, los niños gritaban, mientras él desaparecía en el viejo carruaje por el camino arenoso.

Pocos días después, una caja llegó desde Nueva Orleans para la Sra. Pontellier. Era de su marido. Estaba llena de exquisiteces y de suculentos bocados: las mejores frutas, patés, una o dos botellas de gran reserva, deliciosos siropes y bombones en abundancia.

La Sra. Pontellier era siempre muy generosa con el contenido de aquellas cajas. Estaba acostumbrada a recibir las cuando no se encontraba en casa. Llevó los patés y la fruta al comedor; ofreció bombones a las damas que los escogían con exquisitos y remilgados dedos y cierta glotonería, afirmando todas a la vez que el Sr. Pontellier era el mejor marido del mundo. La Sra. Pontellier se vio obligada a admitir que no conocía a otro mejor.

IV

Habría sido difícil para el Sr. Pontellier definir, a su propia satisfacción o a la de cualquiera, de qué forma su mujer desatendía sus obligaciones hacia sus hijos. Era más una sensación que una percepción, y nunca verbalizaba el sentimiento sin el subsiguiente arrepentimiento y el generoso desagravio.

Si uno de los pequeños Pontellier se caía mientras jugaba, no corría llorando a los brazos de su madre para buscar consuelo; lo más probable es que se levantara, se secara las lágrimas, se quitara la tierra de la boca y continuara jugando. Como niños que eran, se tiraban al suelo en peleas infantiles con puñetazos, agarrones, gritos, que prevalecían sobre los juegos de los otros niños. La niñera cuarterona era considerada un enorme estorbo que solo servía para abrochar las cinturas y los pantalones bombachos, para cepillar el pelo y hacer la raya, ya que parecía que peinarse con la raya en medio era una norma social.

En resumen, la Sra. Pontellier no era una mujer maternal. Ese verano en Grand Isle parecía que predominaban las mujeres maternales. Resultaba fácil reconocerlas porque iban revoloteando con las alas extendidas y protectoras en el caso de que cualquier peligro, real o imaginario, amenazara a su valiosa prole. Eran mujeres que idolatraban a sus hijos, adoraban a sus maridos, y consideraban un sagrado privilegio pasar inadvertidas como individuos y desarrollar alas como los ángeles de la guarda. Algunas resultaban adorables en su papel; una de ellas era la encarnación absoluta del encanto y la gracia femeninas. Si su marido no la adoraba, era un bruto que se merecía morir de lenta agonía. Se llamaba Adèle Ratignolle. No hay palabras para describirla excepto las tradicionales que han servido muy a menudo para imaginarse a la clásicas heroínas de novela y a la dama soñada. No había nada sutil ni oculto sobre sus encantos; toda su belleza estaba a la vista, ardiente y palpable: el cabello dorado que ni peines ni prendedores podían contener; los ojos azules se asemejaban a zafiros; los labios mohínos, tan rojos que, al mirarlos, recordaban a las cerezas o a alguna otra sabrosa fruta carmesí. Estaba ensanchando un poco, pero no parecía desmerecerla ni un ápice en la gracia de cada paso, postura o gesto. No se podía desear que su niveo cuello fuera más esbelto, ni que sus hermosos brazos fuesen más finos. No existieron manos más exquisitas que

las suyas y era un placer contemplarlas cuando enhebraba una aguja o ajustaba su dedal de oro al delgado dedo corazón, mientras cosía los pantalones del pijama o arreglaba un corpiño o un babero.

Madame Ratignolle quería mucho a la Sra. Pontellier y en muchas ocasiones se llevaba la costura e iba a pasar las tardes con ella. Allí se encontraba sentada la tarde en la que llegó la caja de Nueva Orleans. Había tomado posesión de la mecedora y estaba muy ocupada, cosiendo un diminuto par de pantalones del pijama.

Se había llevado el patrón de los pantalones para que la Sra. Pontellier lo cortase —una maravilla de modelo, concebido para cubrir el cuerpo de un bebé tan eficazmente que solo dos pequeños ojos pudieran verse en la prenda, como si se tratase de la de un esquimal. Estaban diseñados para usarlos en invierno, cuando las corrientes traicioneras bajan por las chimeneas y el insidioso frío mortal se cuela por los agujeros de las cerraduras.

La Sra. Pontellier estaba bastante tranquila en lo concerniente a las necesidades materiales de los niños, y no veía ninguna necesidad en anticiparse y coser prendas de invierno para la noche y hacer de ello el tema de las conversaciones veraniegas. Sin embargo, no quería parecer poco amistosa o desinteresada, así que llevó periódicos que desplegó en el suelo de la galería y, bajo la supervisión de Madame Ratignolle, había cortado un patrón de la impenetrable prenda.

Robert estaba allí, sentado como el domingo anterior, y la Sra. Pontellier ocupaba la misma posición que entonces, en el escalón más alto, y apoyada lánguidamente en la columna. Junto a ella tenía la caja de bombones que le ofrecía de vez en cuando a Madame Ratignolle.

La dama parecía encontrarse perdida a la hora de elegir, pero finalmente se decidió por una barra de turrón al tiempo que se preguntaba si no sería demasiado fuerte y podría hacerle daño. Madame Ratignolle llevaba siete años casada.

Cada dos años tenía un niño. En ese momento tenía tres y ya estaba pensando en el cuarto. Siempre estaba hablando sobre su «estado». A pesar de que su «estado» era imperceptible y nadie se habría dado cuenta si ella no hubiera insistido en hacerlo tema de conversación.

Robert comenzó a tranquilizarla, asegurándole que él había conocido a una dama que había sobrevivido con turrón durante cierto tiempo, pero viendo que la Sra. Pontellier cambiaba de color decidió cambiar de tema.

Aunque la Sra. Pontellier se había casado con un criollo¹¹, no se sentía muy cómoda entre ellos. Aquel verano solo había criollos en la casa de los Lebrun. Se conocían todos entre sí y se sentían como una gran familia que mantenía relaciones cordiales. Una característica que los distinguía y que causaba una profunda impresión en la Sra. Pontellier era su absoluta falta de pudor. Al principio, la libertad con la que se expresaban era algo incomprensible para ella, aunque no parecía tener dificultad alguna en aceptarla dado que las mujeres criollas hacían gala de una castidad altiva, innata e inconfundible.

Edna Pontellier no olvidaría nunca el impacto que le produjo escuchar a Madame Ratignolle, narrándole al viejo Monsieur Farival el aterrador relato de unos de sus partos, sin privarse, además, del más mínimo detalle. Se estaba habituando a estos sobresaltos, pero no podía evitar sonrojarse. Más de una vez su llegada había interrumpido los graciosos relatos con los que Robert entretenía a un grupo de mujeres casadas.

Por la casa de huéspedes había circulado un libro. Cuando llegó su turno para leerlo, lo hizo con absoluta fascinación. Sentía la necesidad de leerlo en secreto y en soledad,

¹¹ Los criollos eran las personas descendientes de los españoles y franceses que habitaban Nueva Orleans. Se suponía que tenían cierta aristocracia, aunque solo fuera por su arraigo al lugar o por su notable posición social.

aunque ninguno de los demás lo había hecho así, ella lo escondía en cuanto escuchaba unos pasos aproximándose. En la mesa se criticaba abiertamente y se discutía con total libertad. La Sra. Pontellier dejó de sentirse asombrada y llegó a la conclusión de que nunca dejaría de sorprenderse.

V

Sentados allí, aquella tarde de verano formaban un grupo simpático: Madame Ratignolle interrumpía a menudo la costura para contar una historia o incidente, gesticulando expresivamente con sus manos perfectas. Robert y la Sra. Pontellier estaban sentados y, como estaban ociosos, intercambiaban, de vez en cuando, algunas palabras, miradas y sonrisas que indicaban un alto grado de intimidad y complicidad.

Robert había vivido a la sombra de Edna durante el último mes. Nadie reparó sobre el asunto. Muchos habían pronosticado, cuando Robert llegó, que se pondría al servicio de la Sra. Pontellier. Cada verano desde los quince años, hacía ahora once, Robert se había encargado de atender con devoción a una hermosa dama o damisela en Grand Isle. En ocasiones era una jovencita, en otras era una viuda; pero muy a menudo se trataba de alguna casada interesante.

Durante dos temporadas consecutivas vivió al amparo de Mademoiselle Duvigné; pero ella falleció entre un verano y otro. Después Robert fingió un profundo desconsuelo y se postró ante los pies de Madame Ratignolle para recoger las migajas de simpatía y consuelo que ella se dignase a ofrecerle.

A la Sra. Pontellier le gustaba sentarse y contemplar a su hermosa compañera, como hubiera hecho con una virgen inmaculada.

—¿Podría alguien percibir la crueldad bajo esa hermosa apariencia? —murmuró Robert—. Sabía que hubo un

tiempo en que yo la adoraba y ella se dejaba adorar. Todo el tiempo: «Robert, ven; vete; levántate; siéntate; haz esto; haz aquello; mira si el niño duerme; mi dedal, por favor, que sabe Dios dónde lo dejé. Ven a leerme a Daudet¹² mientras coso».

—¡Por Dios! Jamás tuve que pedirle a usted nada. Siempre estaba a mis pies, como un gato pesado.

—Querrá decir como un perro adorable. Y en cuanto Ratignolle aparecía en escena, entonces sí era como un perro. *Passez! Adieu! Allez vous-en!*¹³.

—Quizás temía que Alphonse se pusiera celoso — intervino Edna con tanta ingenuidad que hizo reír a todos. ¡La mano derecha celosa de la izquierda o el corazón celoso del espíritu! Por eso mismo, el esposo criollo nunca está celoso; con él la pasión enfermiza se ha debilitado por falta de uso.

Mientras tanto, Robert se dirigía a la Sra. Pontellier y le continuaba contando lo que durante un tiempo fue la pasión desesperada que sentía por Madame Ratignolle; sus noches de insomnio, el fuego interior que lo consumía y que hacía salir chispas del mar donde se daba el chapuzón diario. La dama, mientras tanto, seguía cosiendo y sobre la marcha hacía rápidos y despectivos comentarios:

—*Blagueur, farceur, gros bête, va!*¹⁴.

Robert nunca adoptaba aquel tono tragicómico cuando estaba a solas con la Sra. Pontellier. De hecho, ella no sabía cómo interpretarlo; en ese momento era imposible para ella distinguir si era tan solo una broma o iba en serio. Estaba claro que Robert había hablado de amor a Madame Ratignolle, sin pensar que ella lo pudiera tomar en serio. La

¹² Alphonse Daudet (1840-1887), novelista francés del movimiento naturalista.

¹³ «¡Pasa! ¡Adiós! ¡Venga! ¡Vete!».

¹⁴ «¡Bromista, payaso, tonto, venga ya!».

Sra. Pontellier estaba contenta de que no hubiese adoptado el mismo papel con ella. Habría sido inaceptable y molesto.

La Sra. Pontellier había traído sus bocetos con los que improvisaba de vez en cuando de manera poco profesional. Le gustaba crear. Al hacerlo sentía una satisfacción especial que ninguna otra actividad le proporcionaba.

Desde hacía mucho tiempo había deseado probarse como pintora con Madame Ratignolle. Nunca antes aquella dama le había parecido un tema tan tentador como en aquel momento, sentada como una sensual virgen, con el resplandor del ocaso, ensalzando su espléndido color.

Robert pasó por encima y se sentó en el escalón inferior de modo que pudiera contemplar su trabajo. Manejaba los pinceles con destreza y soltura y ello era reflejo de una aptitud natural más que de un conocimiento prolongado y profundo. Robert seguía su trabajo con cercana atención, exclamando en francés expresiones de reconocimiento que dirigía a Madame Ratignolle.

—*Mais ce n'est pas mal! Elle s'y connait, elle a de la force, oui*¹⁵.

En una ocasión, apoyó suavemente su cabeza en el brazo de la Sra. Pontellier mientras permanecía atento y absorto. Con idéntica actitud ella lo rechazó. Una vez más repitió la ofensiva. Ella pensaba que se trataba de una falta de consideración por su parte y no había que tolerarlo. No se quejó, pero volvió a rechazarlo, con suavidad, pero con firmeza. Robert no se disculpó.

El retrato no guardaba semejanza con Madame Ratignolle y se mostró muy decepcionada por lo poco que se le parecía. Sin embargo, era un trabajo aceptable y, en muchos aspectos, satisfactorio.

¹⁵ «¡No está nada mal! Sabe lo que hace, tiene talento».